

podríamos llegar, estando la educación pública entendida como obra de caridad.

Y las caridades son mal asunto en la educación sentimental de un país que ha sufrido en los últimos años un cambio antropológico, incluso más importante que el cambio político de la dictadura a la democracia. De una sociedad pobre hemos pasado a una sociedad de capitalismo avanzado, que se vuelca en el consumo, en la costumbre de que el cliente siempre tiene razón y en la interiorización carnal y mental de la irresponsabilidad. Ser cliente en vez de alumno crea algunas contradicciones en los colegios de pago, pero el juego establecido a través del dinero permite establecer ámbitos de responsabilidad. Puede haber quejas, pero no desentendimiento, aunque sólo sea por el miedo de quedarse fuera del ámbito de los elegidos. ¿Pero cuando ya se está en la intemperie? Ser cliente en un acontecimiento por el que no se paga supone la irresponsabilidad absoluta, el desentendimiento y la impertinencia. La educación tradicional estaba marcada por la represión, algunos de cuyos mecanismos, por interés propio y pactado, siguen asumiéndose en los colegios de pago. En los colegios públicos hemos conseguido acabar con la represión clerical y social que caracterizó a la dictadura. El problema es que no hemos sido capaces de crear una alternativa a esa viaje moral, no hemos asegurado un espacio de valores públicos en el que discutir sobre la libertad, el respeto, los derechos y las responsabilidades. Hemos recortado tanto la autoridad de los espacios públicos a favor de la libertad imaginaria de los mercados, que nos quedamos en la práctica sin la posibilidad real de una ética propia de ciudadanos. Un ciudadano puede ser desde luego un cliente, un consumidor, pero la ciudadanía no es una clientela, ni el ciudadano se define espiritualmente por su capacidad de consumo.

Siempre hay de todo en botica, siempre hay personas diferentes en cualquier aula. Pero algunas noticias sobre personas se convierten en síntomas cuando encarnan una inclinación social. El síntoma de la escuela antigua era el maestro que pegaba al niño con la vara de su brutalidad. Ahora los síntomas deben buscarse en otro lado. Tal vez en el niño que se insolenta con el profesor, tal vez en el padre del alumno que se decide a intervenir y

grita o le pega un guantazo al representante de la autoridad pública en el aula. Cuando leo o escucho noticias de este tipo, muy frecuentes hoy, recuerdo una historia recogida por Antonio Machado en su *Juan de Mairena* (1936). El personaje machadiano era «extremadamente benévolo. Suspendía a muy pocos alumnos, y siempre tras exámenes brevísimos». Pero con algunos padres podía mostrar sus malas pulgas: «Era Mairena –no obstante su apariencia seráfica– hombre, en el fondo, de malísimas pulgas. A veces recibió la visita airada de algún padre de familia que se quejaba, no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable. –¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo?, decía el visitante, abriendo los brazos con además irónico de asombro admirativo. Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón: – ¡Me basta con ver a su padre!»

El padre que va al colegio con la impertinencia del consumidor, no con la queja del ciudadano, está lejos de pretender colaborar con la educación de su hijo. Sólo intenta imponer de forma rápida una solución adecuada a sus necesidades particulares, para obviar el problema que interrumpe su amoratada comodidad. Ese padre representa una intromisión de lo privado en lo público, es una de las grandes amenazas de la enseñanza pública. Particular desgracia supone que muchas de las reformas pedagógicas de los últimos años se hayan destinado a contentar a ese tipo de padres, en vez de a consolidar la autoridad de los valores públicos representada por el profesor. El camino que conduce de la casa a la escuela es también la distancia obligada entre un espacio privado y un espacio público dispuesto a hacerse respetar. Ninguna educación para los ciudadanos resulta tan eficaz como ese camino que hay que recorrer entre la casa de cada alumno para llegar a la escuela de todos, a la escuela única. En el artículo citado más arriba, escribió Sánchez Ferlosio: «El muchacho que empieza a ir al colegio tendría que compenetrarse plenamente con la idea de que el ir desde su casa hasta el colegio es verdaderamente una salida al exterior, un camino que apareja cruzar una frontera, para pasar a un territorio, no ciertamente enemigo, pero en el que tiene que saber sentirse a solas en lo que se refiere a la vida familiar, lo que

a la vez implica comprender cabalmente que este nuevo conjunto de personas al que se incorpora no es, de ningún modo, propio y personal, sino indistintamente común y colectivo». Reconocer la perspectiva social que implica el concepto de libertad, supone insistir paso a paso en que todo derecho va acompañado de una responsabilidad. Supone sobre todo saber que derechos y responsabilidades no dependen del buen o mal ánimo con el que cada uno se levanta por la mañana, sino de la existencia de un espacio común, público, asegurado por las leyes. El desánimo, la falta de inversiones, de atención social, en el que trabajan los maestros y profesores de la enseñanza pública me parece el síntoma más preocupante de nuestros paseos matutinos y nocturnos hacia un futuro a la intemperie pública, muy poblada, eso sí, por los vigilantes privados de la identidad.

España, entre otras muchas cosas, perdió la educación con el golpe militar de 1936. La Guerra vino a imposibilitar un contrato pedagógico que, después de muchos años de espera, los ciudadanos parecían haber firmado con la proclamación de la II República. La democracia española no ha conseguido recuperar ese contrato, porque ha llegado a Europa cuando la creación de realidades virtuales, la liquidación de la política y la definición economicista de la libertad hacen imposible la existencia de espacios públicos. Son situaciones histórica muy diferentes, pero el que se acerca hoy al estado de la educación nacional siente la misma melancolía que los ciudadanos de los siglos XIX y XX, al ver un futuro marcado por la precariedad irracional de la actualidad.

## Un epílogo

Antonio Machado salió al exilio por la frontera de Francia en 1939. Su personaje moral, encarnación del contrato pedagógico en el buen sentido de la palabra bueno, era una de las muestras más claras del sentimiento republicano. El Gobierno de la República vencida encargó a otro escritor, Corpus Bargas que cuidara de Machado y de su familia. Al llegar a la frontera, Corpus Bargas explicó de quién se trataba, «el Valéry español», y los gendarmes permitieron que los ilustres desterrados entraran en